

De la Torre de Babel a los senderos fundadores

Algunas premisas para investigar en el proceso psicoanalítico

*Marcelo N. Viñar**

A José Bleger y Octave Mannoni

Resumen

Este texto fue concebido como relato al tema: “Investigar en el proceso psicoanalítico”, abordado en el último congreso de FEPAL.

La multiplicidad de esquemas referenciales post-freudianos comunican entre sí con dificultad creciente por su concepción y semántica diversas.

Apuntando a la discusión y controversia, el autor presenta su propia perspectiva tratando de localizar puntos álgidos y equívocos de la conceptualización. Intenta una semiotización de zonas cruciales de la experiencia analítica para luego esbozar los implícitos epistemológicos que mejor le convienen y los que a su entender la violentan. Parte de la noción de campo bipersonal (W. y M. Baranger) y entiende que el psicoanálisis no se acomoda al método observacional de las ciencias naturales. Presenta como alternativa la intertextualidad y el principio dialógico de M. Bajtin. Alguna puntualización sobre transferencia, neutralidad, interpretación y poder del analista surgen como consecuencia de la perspectiva adoptada.

Summary

* Joaquín Núñez 2946. Tel. 702649. Montevideo

This text was conceived as a contribution to the subject:

“Investigate the Psychoanalytic Process”, discussed at the last FEPAL congress.

The multiplicity of post-freudian frames of reference communicate with each other with increasing difficulty due to the diversity in their conception and semantics.

Aiming towards discussion and controversy the author presents his own perspective, trying to localise hot spots and misunderstanding in conceptualisation. He attempts a semiotisation of crucial zones in analytic experience enabling him to later trace the epistemological implications which better serve and those which in his view work against it. Parting from the notion of bipersonal field (W. and M. Baranger) the author understands that psychoanalysis is not suited for the observational method of natural sciences and presents intertextuality and the dialogical principle of M. Bajtin as an alternative. Some precisions contrasference, neutrality, Interpretation and the analyst's power appear as a consequence of the perspective adopted.

Prólogo

Nieto de una esclava africana y de un escritor y traductor de dialectos chinos, Wifredo Lam, pintor cubano, conquistó la Europa culta de post-guerra y se le considera uno de los mayores pintores del siglo.

Lo conocí en el ocaso de su vida, fui a su casa como médico a tratarlo de una depresión consecutiva a un accidente vascular que lo dejó hemipléjico.

Lo que voy a narrar, me lo dijo una mañana de domingo, y creo que es una clave para aprender sobre “investigar en el proceso psicoanalítico”.

El me admiraba, porque en el agobio de su derrumbe yo le había aportado una pastilla buena y eficaz, una sonrisa cálida y una palabra pícara y cómplice en su lengua

de infancia, en la tierra del exilio. Yo lo admiraba por su estatura de pintor y su trayectoria de hombre.

Esa mañana, luego de mi insistencia durante meses, Lam tenía delante de sí un boceto con su trazo característico y genial. Se fue dando que quería conversar sin dejar de pintar... me hizo ver que cada trazo le hablaba, como evocación de un episodio infantil o reciente... esta figura era su abuela, la narradora de los cuentos para dormir, el leitmotiv era vencer al Hombre Blanco y vengarse. Tal trazo era el arma, disimulada, tal otro la paz pletórica, consecutiva al combate.

Poseído cándidamente en esa escena, que evoque y convoque mil veces, fui entendiendo que el cuadro, en la fijeza de su permanencia plástica, es el resultado de una interpelación con mil vaivenes: el primer trazo le habla, le propone y exige una dirección y le proscribire otras. El trazo una vez trazado, ya no es pasivo sino exigente y, de modo coloquial interpela y hostiga al autor; interpelación que a veces se encarna en una figuración antropomórfica; que otras, más abstracto, funciona como el imperativo de un código. Mientras esto iba transcurriendo Lam parecía revivir y se reía, excitado.

Años después, tratando de escribir un artículo, me di cuenta que el proceso es el mismo; que al principio contamos con eso que racional y pomposamente llamamos plan de trabajo y luego en el camino, el texto inicial es un interlocutor que nos mandata a seguir caminos inesperados. En el resultado final, luego de parir el texto, cuando vienen (a veces) los elogios, la decepción y la crítica, de los otros o uno mismo, vemos que lo que más apreciamos y permanece no estaba en el proyecto inicial sino que fue un hallazgo del camino.

Lam, su tela y un testigo. Yo, mi texto y ustedes como destinatarios; es la terna mínima; que con un cuarto elemento esencial -que es la historia, lengua y cultura a la que pertenecemos- da lugar a un producto humano que llamamos texto, olvidable o inolvidable, perecible o inmortal.

Este pequeño cuento aporta a mi intención y entender cuatro pilares mínimos pero necesarios para investigar en el proceso psicoanalítico. Si la historia que narro cumplió para mi función de acto analítico, un vector sin duda no despreciable, viene del hecho de que nadie fue a buscarlo. Irrumpió de modo inesperado en el trastocamiento de posiciones de una situación relacional que anticipada con una cierta funcionalidad de

roles, se trastoca en otra que nadie (?) supuso antes.

Nadie quiere decir aquí, que a diferencia del acto pedagógico, no hay en el acontecer un autor intencional y un destinatario de la transmisión. Hay el sujeto de un entre dos, íntimo, descentrado de las conciencias; que no cesamos de buscar y de temer, de amar y de evitar. Un autor, un destinatario personalizado, para quien el texto es producido, un código cultural compartido y la emergencia de algo inesperado y esperado son cuatro facetas insoslayables de esta unidad de base.

Sabemos que el descentramiento de la conciencia y el Sujeto dividido que de allí resulta son el punto *princeps* de la investigación freudiana.

Dos concepciones del inconsciente oscilan en la trayectoria de Freud y los continuadores optamos a veces por privilegiar una de ellas, otras por mantener la fluctuación y mantener la definición en suspenso. Una, entender al inconsciente como tierra Incógnita a reconquistar, hacer conciente lo inconsciente, llenar por rememoración las lagunas mnésicas y restituir al sujeto la unidad y la armonía perdidas. Otra, entender el inconsciente como un orden radicalmente heterogéneo, que desde siempre y para siempre hostigará al Sujeto, y donde la curación, o los cambios en análisis se definan por el acceso a un nuevo discurso que habilita al reordenamiento de posiciones subjetivas.

Las nociones de sentido o significación e interpretación no coinciden en ambas concepciones. Una pide la resolución del conflicto, la otra su reformulación. La compatibilidad o contradicción de ambas posiciones, puede ser tema de debate, en la interminable aporía entre saber y curar, de procedimiento terapéutico y/o de investigación.

Investigar en el proceso psicoanalítico

*«Il arrive plus souvent qu'on ne le dit
qu'on choisisse de parler moins*

de ce qu"on salt que de ce qu"on

voudrait bien savoir.

Octave Mannoni: *Un commencement qui n"en finit pas*

((transfert interpretatio,. theorie)

Le Champs Freudien. Seuil. Paris, 1980

“Ocurre con más frecuencia de lo que decimos queelijamos hablar menos de lo que sabemos que de eso que nos gustaría saber.” (Traducción personal)

“Hay entre la pura estupidez y la mas grande inteligencia, una cierta afinidad en el sentido de que ambas no buscan más que lo real absoluto.” Schiller, citado por Marcusse en *Eros y Civilización*. Ed. de Minuit, París.

Aunque ciertos temas de Epistemología y Psicoanálisis se reiteran, alguna noción de ciencia y experiencia es necesaria para transitar el tema.*

Como su tratamiento metódico llevaría a un tratado (que excede el tiempo y mi capacidad) propongo aquí una reflexión parcial y fragmentaria, sin volver sobre lo más trillado de algunos problemas que me parecen elementales, pero nodales. Mi deseo es que esta explicitación permita superar algunos equívocos y esclarecer nuestros consensos y disensos.

1 -Algunos preliminares epistemológicos

Quisiéramos que la distinción entre saber ordinario y conocimiento científico fuese tan cierta y clara como la distancia entre cielo e infierno.

Ya en los albores de la filosofía griega, fuente del pensamiento occidental se parte de esta distinción oposicional entre apariencias y esencias y se instauran dos vocablos diferentes, *Doxa* y *Episteme*, para que la pureza de la ciencia no se contamine. En ese código e imperativo cultural, surgirá la distinción categorial y valorativa entre el BIOS

* En nuestro medio se han ocupado del tema diversos autores. A riesgo de incurrir en omisiones, quiero hacer referencia a los trabajos de Marta Nieto Grove, Ricardo Bernardi, Sélika A. de Mendilaharsu y Daniel Gil. El carácter introductorio y la extensión de este trabajo no me ha permitido discutir estos trabajos.

THE0RETIKOS (el hombre consagrado al pensar y las ideas) y el BIOS POLITIKOS (el hombre inmerso en la Ciudad y el tumulto del acontecer).

Sólo el primero tendrá acceso a la VERDAD y podrá ser consejero del Príncipe y el Tirano, afirma Platón. ¿Cuánto tributo pagamos aún a esta oposición entealequial? ¿Fatalismo de un tributo a los orígenes?

El axioma del positivismo de exigir para la ciencia criterios de causalidad y verificación que logren un saber universal y objetivo, prescindente del observador, dejan mal parado al psicoanálisis y todas las ciencias del Hombre. Estas estarían en estado incipiente, infantil y accederían a una científicidad adulta, cuando se someten a los criterios y parámetros de las ciencias naturales y matemáticas. A esta ilusión maniquea del positivismo del siglo XIX, ¿qué concepto de ciencia podemos proponer?

Vamos aprendiendo que el genio y la capacidad resolutive de una disciplina dependen más de su manera de plantear sus problemas y paradigmas que de la manera de resolverlos.

Vamos aprendiendo que la **ADEQUATIO RES-INTELECTO**, que fue durante siglos la brújula y meta ideal de toda empresa de conocimiento, parece hoy ser una utopía definitiva, en todas las ciencias. Que la adecuación entre el universo y nuestra representación mental de sus objetos es y será siempre limitada. Que entonces, lo real del mundo que captamos -sea espontáneamente, sea con rigor y sofisticación observacional- no será (y no podrá ser) más que una construcción transitoria y precaria de aquello que llamamos la realidad y de lo real.

Los límites y fronteras entre verdad y ficción que estaban tan asegurados en el siglo de las luces (en el empirismo positivista) se nos desbaratan. Todo lo cual no obsta para que una cierta aproximación de saber humano, falible y modesto, nos proporcione algún grado de eficacia clínica y nos otorgue un cierto disfrute en la tarea. El problema que se ha convenido transitar -el de la relación entre la experiencia y sus fundamentos- es pues, más viejo que el psicoanálisis mismo y con más o, menos talento y conocimiento; actualizamos posiciones clásicas en la historia de la epistemología.

Hoy día las posturas se pueden esquematizar en una antinomia: Los que buscan hacer entrar al psicoanálisis en los criterios de la ciencia natural de observación y toman como problema eje al tercero no comprometido, la justificación de una verdad más allá de quien la enuncia y sus corolarios de objetivación, validación y verificación para legitimar el valor de cientificidad. Otra postura, más afín a mi pensamiento, es la de buscar en la experiencia misma, los criterios que sostengan la investigación, cuyo cogollo es -a mi entender- el punto de extinción de la racionalidad.

El dilema es freudiano y atraviesa su obra; Freud nos lega no sólo sus hallazgos sino sus interrogantes y enigmas y los herederos hurgan más en uno u otro saco del tesoro freudiano.

La diferencia de posturas es radical, probablemente irreconciliable. Con esas diferencias pueden llevar a la guerra de religiones, que en nuestro caso son arrogantes escisiones. O podríamos tratar de pensar que los enemigos de creencias son también seres inteligentes y buscar nutrimos -en la fobia o el odio de las diferencias- de cómo sus fundamentos y modelos cuestionan nuestras hipótesis.

2 -Teoría y Creencia

La situación analítica crea la intimidad de un entre dos* donde todo pasa (o puede pasar) sin que nada pase. Frase que hace dos décadas acuñaron Madelaine y Willy Baranger, que define -con brevedad telegráfica- el ámbito de la experiencia analítica (objeto de nuestra investigación).

Espacio de intimidad -por lo tanto de violencia actual o virtual- proclive entonces a la repetición en transferencia que permitirá, si todo funciona como esperamos, reconectamos con los aspectos más indeseados y diabólicos de nuestro ser.

* Jean Laplanche en *Nuevos Fundamentos para el Psicoanálisis*, retorna este punto de partida.

Para investigar hoy en psicoanálisis con el legado freudiano, es menester no olvidar que el fundador trabajó con otro marco epistemológico, con otros *a priori* y prejuicios que conformaban un ideal de ciencia diferente del nuestro. De consiguiente (y voy a decir un lugar común) continuarlo no consiste en repetir la certeza de sus hallazgos, sino a lo sumo imitar su condición de infatigable explorador del pensamiento; de localizar aquello que estaba, pero no podía ser dicho o pensado. Recordemos esta enseñanza de la etimología:

TRADERE es la raíz común de tradición y traición.

A pesar de lo cual, estamos hartos de constatar -salvo en nosotros mismos- el uso religioso de la teoría, de la buena teoría freudiana. Cada uno se siente el mejor lector de la palabra soberana del Maestro; y desde allí dama la herejía. Así posicionados, haremos pedagogía o religión, nunca psicoanálisis.

Con este punto de partida y bajo la cobertura de divergencias teóricas, el anatema reemplaza la controversia y en su lugar aparece la Torre de Babel y las guerras de prestigio de cuya rentabilidad no dudo pero si de su interés teórico.

He leído que este escándalo ocurre en todas las comunidades científicas y mi intención no es la diplomacia de una paz beata (la vida es conflicto y la historia es combate) sino que la guerra sea menos fastidiosa y estúpida y consiga algún fruto.

Sin duda esta coyuntura histórica es determinante en la adopción del contenido y estilo de mi contribución.

Hoy día, la multiplicidad de teorías es un hecho en Psicoanálisis y la verdad estallada plantea otros problemas que la verdad sagrada y unitaria. En la precariedad de nuestra posición en la sesión en vez de transitar nuestras falencias, solemos muchas veces utilizar el saber disponible con una vocación totalizante y totalitaria, donde la ciencia opera en el lugar de la religión, marcando de certeza nuestro discurrir y nuestra acción. Dice A. Didier Weill que en el enfrentamiento entre el herético y el inquisidor, lo que éste odia es la capacidad de aquél de pensar fuera de la doxa y el manual. De mantener una tensión y un intervalo con la creencia y la verdad consensual, de decirse como sujeto en su capacidad de tener una palabra propia. Lógica que Jamás es totalmente evidente. En los humanos, el reconocimiento de la castración es frágil y transitorio.

Aunque Copérnico, Darwin, Freud y tantos otros hayan asestado golpes irreversibles a nuestro amor propio, individual y colectivo, es ostensible el contraste entre la precariedad constituyente de nuestra posición en la sesión con la arrogancia en el debate académico. Contraste que quizás no sea casual sino causal.

Es freudiana la noción de vincular el derrumbe de creencias al pánico, y no es malo revertir sus afirmaciones sobre la iglesia y el ejército a nuestras cofradías analíticas. Deconstruir las certezas y restituir la precariedad y oscuridad de los orígenes, es un punto nodal de la operación que inventa Freud: silo hacemos en análisis con las figuras parentales, por qué no intentarlo con nuestra filiación teórica. Es Hanna Arendt (en *La vida del Espíritu*) que argumenta la distorsión al pensar que comporta el someterse a la triada religión, autoridad y tradición. Puede empobrecerse la fidelidad a Freud haciendo que su teoría anticipe la resolución del caso y éste ilustre y glorifique su teoría; circularidad tautológica que asfixia la investigación. Dicho así, nadie aprobará, pero pienso que es una entropía que no exorcizamos fácilmente.

A los riesgos de sacralización de la exégesis freudiana, debe oponerse (como en todo quehacer científico) la exigencia de guardar una coherencia con la experiencia que la funda. En todas las ciencias del Hombre, éste es un requisito para no diluir su especificidad, para no desdibujar al objeto que su método construye.

La distinción lacaniana entre discurso del Maestro y discurso Universitario me parece aquí pertinente. El fundador está solo ante su enigma y su creatividad. El seguidor -desde Freud lo somos todos- tiene ante el descubrimiento una posición híbrida, de facilidad y dificultad. Para posesionarse de ese momento instituyente, que Octave Mannoni designa con el nombre de Análisis original, tenemos que lidiar con un tercer componente: el discurso instituido por la palabra del maestro. De aquí que la teoría en psicoanálisis funcione como instrumento pero también como obstáculo y resistencia a lo inédito.

R. Major recuerda del *Malestar en la Cultura*: “...el constante antagonismo entre la identificación requerida para cimentar el vínculo social mediante la desappropriación subjetiva y la desagregación de ese vínculo en el movimiento de reapropiaciones y repliegue, donde el rasgo del Sujeto, se distingue del rasgo del objeto en el Sujeto.”

La teoría y la institución buscan la comunión, la experiencia analítica apunta al relieve de lo singular. ¿Cómo anudar estas moscas por el rabo?

Dificultad pues renovada para restituir la especificidad de nuestro objeto de búsqueda. Esto nos importa al presente con urgencia. La coyuntura histórica de 1990, conjuga el prestigio y la difusión del mensaje freudiano con una demanda social creciente en Salud Mental. No se trata de distinguir el psicoanálisis puro del impío, sino de discernir la demanda social de la exigencia epistemológica; ambas legítimas.

No se trata de legitimar abusivamente ciertas prácticas en desmedro de otras, por Intereses comerciales, sino de mantener la distinción siempre útil entre psicoanálisis y medicina, sin confundir sus lógicas.

La práctica analítica nació en contrapunto con el discurso médico y discernirlos no es fácil, pero es necesario guardar una coherencia con **la experiencia fundante**.

¿Habrá consenso y acuerdo en la manera de designarla y semiotizarla? * ¿Cómo caracterizar y definir el objeto del psicoanálisis? En ciencias humanas nominación y referente son en tal grado solidarios que la postulación materialista de Freud *los hechos clínicos son el pilar o el cimiento y las teorías o especulación apenas la cornisa del edificio*» parece hoy una premisa imposible de cumplir. A riesgo de echar leña al fuego de la Torre de Babel, pero en la intención de esclarecer consensos y discursos, va mi propuesta, que más que original, pretende pasar en limpio algunos nudos de confusión habitual.

* Perspectiva semiológica en el sentido de subrayar el vínculo entre una práctica social y el lenguaje de su representación.

3 -De la experiencia.

El proceso analítico apunta a reconocer las determinaciones inconscientes que conforman los modos de pensar, las conductas y las elecciones de un sujeto; a reconocer esa parte de su ser que lo trabaje a su pesar, las raíces irracionales de sus construcciones lógicas, los núcleos de sin-sentido e insensatez que hacen posible sus sistemas de significación.

Entiendo -como muchos- que la experiencia de revelación y reconocimiento del Inconciente, que cada quien ha vivido alguna(s) vez(es) en su diván, es el punto *princeps* de la experiencia analítica y por lo tanto, un cimiento de la teorización. La ruptura de la secuencia lógica e intencional por un pensamiento (representación) inesperado, parásito e intrusivo, o por un error certero (*lapsus*, olvido) me parece el cogollo de la experiencia analítica. Provoca primero un desorden y luego reordena la percepción que tenemos de nosotros mismos.

Pienso que ahorraría algunos equívocos establecer la convención de si llamamos proceso analítico a todo lo que pasa en análisis o a este momento puntual.

Que designemos este tiempo privilegiado con el nombre de análisis original, insight psicoanalítico o tiempo mutativo de Stratchey: que sea provocado por la interpretación del analista, por algo esperable o inesperado del curso asociativo del paciente, que lo desencadene un *lapsus*, un sueño, una agravación sintomática o cualquier otra circunstancia, es un momento que se somete mal a una descripción o semiología precisas.

Justamente porque aparece o irrumpe allí donde la consistencia de nuestro mundo racional y transmisible se deshilacha o desvanece, allí donde el sujeto no es el amo de sus pensamientos sino esclavo de sus apariciones. Un punto de turbación, en la palabra o en el cuerpo, sin duda de ambos al unísono, nos dicen con certeza que esa es una fuente de acceso al laberinto del Ser.

La salud, dice Leriche, es el silencio de los órganos, nadie habla su *euphea*, pero sí su disnea.

La experiencia analítica emerge en la disfunción del discurso y saca al cuerpo de su silencio funcional. La extrañeza y ajenidad de su contenido compite con la seguridad de que me está dirigido y se inscribe **en mi** historia.

En la etimología griega y latina de fantasía (**PHANTAZO**=yo me aparezco), hay aparición y espectáculo. La noche de Hamlet con el ánima de su padre, no define precisamente el lugar de un *cógito* racional. Hacer de este tiempo experiencial, íntimo y único, un conocimiento transmisible, ha sido para los analistas una preocupación constante, siempre lograda a medias y fallada otro tanto.

La sorpresa y el asombro fueron señalados por Freud como su rasgo más inequívoco: "*Nunca lo hubiera pensado.*"

Diría descriptivamente que se caracteriza por una vivencia contradictoria: tiene simultáneamente el carácter de algo nuevo, insólito e inédito y de reencuentro con algo familiar: un saber opaco sabido desde siempre, desde los horizontes de la infancia. Tiene una tonalidad afectiva Intensa, que puede ser de deslumbramiento o despliega una zona lúgubre y de zozobra. Lo que precede, enmarcado en la ambigüedad de una candidez y credulidad en la veracidad de las representaciones emergentes y sobresaltos de sospecha y de rechazo por su absurdo. Es la coexistencia del absurdo y de la pertinencia de ese absurdo en mi pensar, que desencadena un trabajo de búsqueda perentoria de una respuesta cuya característica oracular, enigmática, promete la verdad en el puerto de destino. Lugar donde jamás se llega, lo que no impide el deleite y la riqueza del viaje.

En esa experiencia aprendemos que los humanos vivimos dos historias y destinos, la que queremos y creemos construir y la que se (nos) hace a pesar nuestro. El síntoma se constituye en el abismo de la incompatibilidad de esas dos historias, como punto de fijeza, tenaz, reiterativo. El trabajo de análisis busca romper esa estereotipia, tozuda y estúpida y trazar puentes en ese abismo, que aunque frágiles y efímeros, permitan reformular el repertorio de conductas y expectativas.

Los momentos de análisis original son difíciles, escasos y efímeros. Esta rareza nos enfrenta a dos riesgos antagónicos. Cuando ocurren, la navegación en el océano del inconciente se hace más llevadera y se abre el riesgo de la embriaguez de la certeza.

Más difícil es cuando no logramos que ocurran, se hace difícil soportar la ignorancia y perplejidad de su ausencia y es quizás allí donde el acto analítico arriesga la ruptura o desvirtuarse en proceso pedagógico, adoctrinante.

Ese carácter íntimo y único de la experiencia fundante tiene como corolario que las categorías de generalización y modelización no puedan seguir las pautas de otras disciplinas. Entre el Edipo y mi Edipo no hay las mismas relaciones que entre la manzana de Newton y la Ley de gravedad. En ciencia natural la predicción es una virtud, en psicoanálisis es mortífera. Lo inacabable del texto y de sus variantes son la brújula y la meta y no la estandarización explicativa que puede ser un ideal en ciencia. El reconocimiento de la universalidad de la estructura, que constituye la genialidad del paradigma freudiano, no puede rebatirse y coincidir punto a punto con la singularidad de su actualización que es lo que interesa. Es menester no confundir el andamiaje formal con el producto. Probablemente Adán y Eva hicieron el amor como nosotros, pero si tengo la respuesta y se me esfuma el misterio, me quedo sin la capacidad de descubrir.

Si nuestra práctica es un quehacer (científico y reglado) una diferencia es que el objeto a aprehender es efímero, singular y a reinventar, cada vez. El momento creativo a transmitir por la teoría se avecina más, entonces, a la creación plástica o poética, que al experimento científico reproducible.

Con lo que -en la orilla opuesta- la distinción a establecer es con las experiencias iniciáticas mágicas o religiosas. No veo otro índice que la precariedad e incertidumbre para marcar la diferencia. Magia y religión no se cuestionan, el psicoanálisis carece de sentido fuera del cuestionamiento. Magia y religión son totales y definitivas, el saber analítico es puntual, efímero y precario como el gozar. Pero esta fulgurancia episódica ordena toda la experiencia. Nadie cultiva el rosal por la planta sino por la rosa.

Restablecerla especificidad siempre amenazada, es un trabajo de la experiencia analítica siempre a renovar. El único criterio de validación es *a posteriori*, en un tiempo ulterior es cuando ambos miembros del par analítico pueden constatar que eso indeseado y diabólico que emerge ha podido cambiar nuestra historia personal en el sentido de riqueza y fecundidad y hacer nuestro destino un poco más disfrutable y menos idiota.

Lo que precede apunta a desterrar algunas hierbas parásitas que perturbaron nuestra reflexión. Quiero apuntar al menos dos:

- El mito del individuo aislado, sujeto autoengendrado de sus pulsiones, el aparato psíquico, como mónada definible en si misma.
- La homologación de nuestra práctica a las nociones de observación empírica de las ciencias naturales.

4 -El psicoanálisis, qué ciencia y qué saber.

El concepto tradicional de ciencia (conocimiento objetivo, generalizable, verificable) no nos sirve y pienso que nos ha hecho daño. La necesidad de justificarnos como ciencia y mimetizar su lógica, no nos ayuda y nos distrae. Además, el modelo de ciencia positiva y método empírico que presidió la reflexión freudiana ha caducado.

¿Qué racionalidad para definir un espacio del conflicto y el deseo? El vínculo entre el hecho clínico (supuesto dato de observación) y las ideas que [o hacen comprensible, deben ser pensados de otro modo y reformulados. La DEUTUNG no es hacer aparecer lo latente bajo lo manifiesto, lo profundo bajo lo superficial, la esencia bajo la apariencia: no es un gesto de desciframiento o traducción que lleve a un vértice de sentido primordial o al surgimiento de una categoría causal homóloga a las esencias de Parménides (libido, idea latente).

La paradoja y nuestra sorpresa es que el modelo de ciencia natural bajo el que quería cobijarse el primer Freud como meta e ideal de progreso, también evolucionó en la dirección de incluir la indeterminación y lo aleatorio, como punto clave de la modelización.

Las fronteras entre dato e idea son más complejas y problemáticas que lo que pudo admitir la ciencia experimental; no sólo en Psicoanálisis con la imputación de subjetivismo que padeció, sino hasta en la física de partículas donde ya se discute si el objeto visible, observado, pertenece al universo tal cual es o es inducido por el método que introduce el investigador. Dice Sélíka A. de Mendilaharsu: “Si el acceso a la realidad fuera pleno, si se diera una objetividad pura que permitiera prescindir de las

teorías, el problema de la divergencia no se plantea. Las teorías son sólo aproximaciones a múltiples incógnitas que la realidad plantea sin dejarse jamás aprehender por completo.”

En ciencias naturales todo el dispositivo metodológico se orienta a la aprehensión de un objeto unificado, reificado, que no surge del discurso y no comunica por él mismo.

La biología humana y sus aplicaciones en medicina, se ocupan del hombre como fenómeno natural, desde la exterioridad de una cosa, intransitiva. Desde esta condición del objeto, el observador contempla y habla de la cosa. Hay un solo sujeto cognoscente. M. Bakhtine designa esta postura como forma monológica de saber, no aplicable a las ciencias humanas. En este saber el rol de las palabras es auxiliar y accesorio.

La reflexión de Michel Foucault sobre el dispositivo panóptico de Bentham, ha mostrado el efecto dañino de esta postura de observación objetivante en el campo de las Ciencias Humanas y pienso que ciertas formas de terapéutica de vocación normalizadora que se ejercen en nombre del psicoanálisis, no están exentas de esta amenaza. La postulación de neutralidad y la exigencia de asimetría funcional (que el campo lo ordenen las fantasías y deseos del paciente más que los del analista) cuya concreción más simple se plasma en la metáfora o mito del analista espejo, comporta el riesgo de constituir el espacio analítico sobre la escandalosa falsedad del modelo panóptico.

¿De qué manera y a partir de qué elementos se posiciona el analista como investigador?

M. Bakhtine postula una diferencia radical entre ciencias humanas y ciencias naturales y matemáticas: la postura de pertenencia y de repliegue frente al campo que se estudia y la operación de conocimiento tiene metas diferentes en unas y otras. Es entonces una falacia poner a las ciencias humanas en situación de subdesarrollo respecto a las ciencias duras y lo que se requiere es reconocer la especificidad del acto de conocimiento.

En ciencias humanas, sostiene Bakhtine **la realidad inmediata o hallazgo de hecho que empuja a la creación de un objeto a estudiar**, es un texto en el sentido

amplio de materia significativa.

El objeto de ciencia se constituye para establecer, transmitir e Interpretar este hallazgo: el hombre, como productor de textos — palabra, grafismo, gesto, símbolo— (esta afirmación décadas antes del estructuralismo francés y de la obra de Lacan). Texto: objeto de la cultura, el rol de las palabras es crucial en ciencias humanas; instrumental y accesorio en ciencias de la Naturaleza.

A partir de aquí, la operación de conocer se califica de otro modo y la aporía entre saber subjetivo y saber universal, pierde su sentido inicial: no es la convalidación de cualquier solipsismo, pero tampoco la de exactitud, sino la de penetración expresiva.

El ideal de conocimiento en ciencia natural es la exactitud. La coincidencia de la cosa con la representación y consigo misma: el ideal es $A=A$ ” y $A\neq B$. Esto es, confirmar en la naturaleza la lógica aristotélica de identidad y no contradicción, es el propósito o meta del acto de conocimiento en ciencias naturales.

Esta operación es inútil cuando el referente es un texto. El ser expresivo y hablante no coincide nunca consigo mismo, es inagotable en el desplazamiento de sentidos y significaciones. Justamente con Freud definimos la enfermedad (automatismo o compulsión de repetición), cuando este movimiento de desplazamiento queda capturado en la fijeza de la cosa automática y muerta.

Que el referente sea un texto y no la cosa sin voz e Intransitiva del fenómeno natural, comporta que no hay posibilidad de observación objetiva, sino un **peculiar modo de relación entre el cognoscente y lo cognoscible**. Bakhtine llama **PRINCIPIO DIALÓGICO** a esta exigencia ineludible para el investigador en ciencias humanas de **ser modificado** por el objeto que estudia a este mínimo de dos sujetos en la operación de conocimiento (diferencia sustancial con los objetos de la naturaleza que se brindan a una forma monológica de saber.) Es a partir de este principio común a todas las ciencias del hombre, que el psicoanálisis podrá definir su especificidad como campo de conocimiento. Bakhtine diferencia el principio dialógico en relación al de intersubjetividad y de empatía (**EINFÜHLUNG**), porque la distinción a buscar “*no es de naturaleza psicológica sino semántica*”. Sus precisiones son útiles para reflexionar el trabajo analítico: “*La meta es acceder al “núcleo creador” del texto, a superar su*

extrañeza sin asimilarlo totalmente. No se trate de duplicar la experiencia de uno en otro, sino de traducir una experiencia en una perspectiva axiológica diferente.”

En el desarrollo que voy transitando, la especificidad del Psicoanálisis radica, a partir y más allá del dispositivo (*setting*), en privilegiar la función de la opacidad y del resto (ombbligo en el modelo del Sueño); de nombrar lo que no estando en el texto lo determina.

En la reflexión pasional sobre sí y sobre el otro que el proceso analítico despliega, se engendran momentos de descubrimiento o conocimiento. Allí la función analítica consiste en localizar aquello que se produce como resto y opacidad, y focalizando ese no-saber promueve un nuevo movimiento discursivo.

Estamos tentados de sostener que la experiencia analítica extrae su fuerza y eficacia de la fecundidad de un equívoco. *Cada uno — del par analítico— cree que el otro sabe.* Creencia y saber son aquí términos cuyo estatuto es esquivo y su definición certera queda (y debe quedar) suspendida.

El paciente cree que el analista, como el médico, el chamán o el curandero, tiene un saber disponible para aliviar su malestar o sufrimiento.

El analista cree que hurgando en su historia íntima y en la ficción y verdad de sus orígenes, el paciente podrá re-adueñarse de momentos o fragmentos de esa historia donde se anclaron sus zonas de disfrute y sufrimiento, podrá saber algo más de las representaciones y creencias que empecinadamente lo empujan a sus automatismos y compulsiones; a la tenacidad de las repeticiones que alejan o impiden esa incertidumbre creativa que define la condición humana.

El psicoanalista cree pues (aunque reivindicemos lo obvio) en la psicogénesis del síntoma y en el poder de las palabras, en la capacidad humana, descubierta o revalorada por Freud, de transformar el síntoma en un texto y de hacer de lo mórbido algo humano.

5 - Apuntes sobre Transferencia.

La neutralidad y el poder del Analista

“Expectativa confiante” en el saber del otro, que no es residuo sino remanente actuante y actual de aquella indefensión (desvalimiento, HIKGIOGISCHEIT) original y fundadora, *donde el desamparo hizo del otro la fuente de todo saber y significación*. La certeza, como núcleo inaugural que la maduración irá penosamente desmontando en un trabajo que jamás llega a su término.

Lo que califica pues la especificidad del Psicoanálisis *es un ámbito de locura convenida entre dos, que llamamos espacio transferencial*. Es en ese espacio donde el discernimiento de límites entre creencia y saber, entre engaño y verdad, escapa a definiciones precisas.

¿Qué otra definición clara tenemos de la transferencia, sino la definición negativa de falsa conexión?

Nos manejamos pues en la fragilidad de un saber surgido o basado en una falsa conexión y esta falsedad no es *contingente* ni accidental, sino intrínseca y constitutiva del proceso que desencadena y posibilita.

Constatamos en el quehacer que esta relación de engaño y veracidad es una condición paradójica fundadora, única y privilegiada para repetir entre-dos (aunque en la relación dual siempre esté presente y actuante el tercero singular y plural). Aquello que Freud describió en términos de pulsión, censura y represión. Para amplificar o magnificar las grietas o abismos entre el parecer de la vida socializada y adaptativa y el ser con rasgos monstruosos e inmundos, que no se muestra al mundo y difícilmente a sí mismo, pero que está allí, en nosotros, insistiendo alucinatoria y empecinadamente.

Todo lugar de Saber e intrínsecamente lugar de poder. El poder del analista nace de esa atribución de saber, afín a la religión y a la magia, inherente a la sugestión y al acto educativo. La condición de que un poder sea analítico es no ejercerlo como tal, postula O. Mannoni. Condición *sine quanon*. El sometimiento voluntario a la locura al que se atienen -lúcidamente o por un gesto espontáneo de placer o irreflexión- los miembros del par analítico está a su vez sometido al imperativo ético de no poder ser utilizado más que a los fines del análisis. Allí donde *todo* pasa, sin que *nada* pase. Pero de modo ostensible o subliminal, todos caemos una o mil veces en la tentación del poder de saber

y los nudos de corrupción son siempre los mismos: el amor y la institución.

Quizás el acto interpretativo encuentra una razón de su eficacia en el hecho mismo de una operación de resta: sustracción de un crédito de poder que no se ejerce, sustracción de un crédito de saber que elude la respuesta y empuja al protagonista a parir la propia.

Alteridad y alteración allí donde la fascinación invita al mimetismo, allí donde la verdad consensual cesa y comienza la soledad y la violencia.

Este fin deseado cede muchas veces terreno a la gemelaridad identificatoria, impostura muchas veces erigida como fin del análisis. Aunque quizás el trabajo con psicóticos y fronterizos sea un límite a lo que precede que considero, sin embargo, una exigencia absoluta en las estructuras neuróticas y perversas.

La neutralidad es la pieza conceptual a la que apelamos como contrapunto o antídoto de estas tentaciones. Sólo que el uso del concepto ha padecido una distorsión, ha sido entendido como una asepsia, como una prohibición o prescripción de jugar con el paciente su-nuestra locura.

La neutralidad analítica nada tiene que ver con ser neutro, distante o prescindente. La neutralidad comporta una proximidad casi hasta la incandescencia -que sin duda conlleva padecimiento-y sólo desde allí Implica una operación activa -tanto más activa cuanto que su ideal es ser muda (no explícita)- una operación activa de renuncia y desestima a los valores, ideales, deseos y preferencias del analista, para así liberar el terreno al deseo conflictual del analizando. Meta límite y utópica al punto que a veces he preferido enunciarme, como propósito discriminativo, que fingir una opacidad visible, que invita a la sugestión disimulada.

Falsa conexión también en el sentido de que es una relación pasional que nace y vive en y con el compromiso de extinguirse; con la exigencia (utópica) de desaparecer sin dejar rastros.

Amor a término, destinado a la extinción; carácter que establece una diferencia absoluta con toda otra forma de vínculo confesional, cuya naturaleza es no querer cesar, y la ruptura, cuando existe, es accidental pero no constitutiva. Carácter que sólo comparte con el vínculo edípico, vínculo también destinado a la renuncia y al fracaso y que florece sólo para ser sepultado.

Esta finitud por contrato es un imperativo ético y la naturaleza diferencial no es de tiempo sino de lógica. El fin del análisis -fin en la doble acepción de meta y de terminación- es poder concluir. Al revés de otras relaciones íntimas o confesionales cuya vocación es permanecer.

La discriminación a que apuntamos no es adjetiva, hace a la naturaleza misma del proceso. La reformulación de la posición subjetiva y el acceso a un nuevo discurso comporta Imperativamente el duelo de la relación analítica. Desarmar la trampa que nosotros mismos montamos: disolución o resolución de la Transferencia.*

El análisis es el aprendizaje de la separación, decía hace varias décadas Pichon-Riviére, con lo que no hacia más que reformular el descubrimiento freudiano del juego del carretel, cuyo tiempo lógico fundamental es el pasaje de un universo fusional a otro de mediaciones lúdicas y fonéticas, matriz de la simbolización. Advenimiento al lenguaje que es tratado en M. Klein como pasaje dialéctico de la posición esquizo-paranoide a la depresiva y por Lacan, como transición del cuerpo despedazado (*morcele*) al estadio del espejo y sujeto hablante (*parlêtre*).

Lo que aquí me importa es poner de manifiesto cómo ningún modelo teórico elude de un modo u otro este punto crucial donde superamos o no la condición fusional (psicótica) que nos funda, ese retardo del individuo psíquico respecto al biológico.

Antes de ser uno somos dos, en una relación transitiva de inclusión recíproca, de identidad gemelar reversible, espejo sin alteridad, cuyo mito de referencia es Narciso en su doble carácter vital y mortífero.

El proceso analítico que propicia el éxtasis de la contemplación intimista, puede querer ahorrarse el duelo de su propia extinción. El deleite de la dependencia pasiva de

* Eludimos -por su vastedad - el tema de los criterios de curación. Sólo quiero apuntar, por su ruidosa actualidad, esta cuestión del carácter efímero y finito de la relación de análisis y los mil subterfugios, los mecanismos denegatorios y renegatorios para eludir y anular el Imperativo de finitud. La didactización aparece a este respecto por su frecuencia, un tema necesario y difícil, a interrogar. En la operación de cuestionamiento on que hemos caracterizado el proceso analítico, con el énfasis puesto en la incertidumbre y la sustracción, algunos pilares axiomáticos o dogmáticos deben persistir incólumes. El de la finitud y la prohibición de actuar el cuerpo erótico me parecen mandamientos esenciales e ineludibles, no sólo en sus formas de transgresión ostensible y escandalosa, sino en sus formas subliminales y racionalizables.

una figura Idealizada, es un desenlace frecuente, hipócritamente exitoso. El fin del análisis -meta y terminación- es un tiempo de actualización de la prohibición edípica, restablecimiento de la discontinuidad y la alteridad allí donde había consentimiento y asentimiento sin límites.

Febrero de 1990

“Parler à quelqu’un c’est accepter de ne pas l’introduire dans le système de choses ou des êtres à connaître. C’est le reconnaître inconnu et l’accueillir étranger, sans l’obliger à rompre sa différence. En ce sens, la parole est la terre promise où l’exil s’accomplit en séjour, puisqu’il ne s’agit pas d’y être chez soi, mais toujours au dehors, en un mouvement où l’Étranger se délivre sans renoncer. Parler, c’est en définitive, chercher la source du sens sans le préfixe que les mots exil, exode, existence, extériorité, étrangeté, ont pour tâche de déployer en des modes divers d’expériences, préfixe qui nous désigne l’écart et la séparation comme l’origine de toute valeur positive.”

Maurice Blanchot: *L’Entretien infini*

(Gallimard, pag. 185 et 187)

“Hablarle a alguien, es aceptar de no Introducirlo en el sistema de cosas a saber o de seres a conocer. Es reconocerlo desconocido y acogerlo extranjero, sin obligarlo a romper su diferencia. En ese sentido la palabra es la tierra prometida, donde el exilio se realiza como residencia. Porque no se trata de estar allí, en la palabra, como en casa, sino de serle siempre exterior, en un movimiento donde el Extranjero se entrega (o libera) sin renunciar a sí mismo. Hablar es, en definitiva, buscar la fuente del sentido en el prefijo que las palabras exilio, exterioridad, extrañeza, tienen por tarea desplegar en modos diferentes de experiencias. Prefijo que nos designa en el intervalo y la separación como el origen de todo valor positivo.”

Maurice Blanchot; *idem*

(Traducción casera)

Referencias

1. GIL QUINTEROS, Daniel. *Apunte sobre la muerte, la libertad y el deseo*.
2. NIETO, Marta y BERNARDI, Ricardo. *La Investigación en Psicoanálisis*. Revista Argentina de Psicoanálisis, T. XLI. N° 5. 1984.
- 3; WEILL, Alain Didier. *Los tres silencios*. Comunicación personal.
4. LAPLANCHE, Jean. *Nuevos Fundamentos para el Psicoanálisis* Press Universitaire de France, Amorrortu Editores.
5. TODOROW, Tzvetan. *Teorías del Símbolo*. Ed. du Seuil, Paris.
6. MANNONI Octave. *Freud o el descubrimiento del inconsciente*
7. MANNONI, Octave. *Un commencement qui n"en finit pas*. Le Champs Freudien. Ed. du Seuil, Paris.
8. NASIO, J.D. *Los ojos de Laura*. Aubier: La psychanalyse prise aux mots. Amorrortu Editores.
9. ACEVEDO DE MENDILAHARSU Sélíka; MENDILAHARSU Carlos. *De los discursos y el lenguaje*.

